

LOLA MILLÁS 

La señora
Really
y otros sueños
por soñar 



1er. Capítulo

I

EL ENCUENTRO

Cuando se trasladó al piso situado debajo del mío, la señora Really estaba a punto de cumplir setenta años. Desde el día de su boda, ella y su marido habían vivido en otra casa en la que ya sólo quedaban personas mayores cuyo tema de conversación favorito, alargado hasta lo imposible, era el intercambio de sus padecimientos físicos.

—Necesito vivir entre jóvenes, verlos comenzar como yo lo hice hace años y vampirizarlos tanto como pueda. Sí, ríete, la cosa no es nada sencilla, requiere una atención especial y, sobre todo, haber vivido. Si quiero alimentarme de lo verdaderamente nuevo, he de hacer un ejercicio de selección minucioso, ya que gran parte de lo que intentan vendernos como progreso es lo mismo de siempre, envuelto en papel de celofán de otro color. Pero yo he tenido la gran suerte de descubrir en las cosas más cercanas, a veces rutinarias, verdaderos espacios nutrientes.

»Seguramente estarás pensando que esto son chifladuras de vieja, pero puedo asegurarte que el abono más importante para cultivar mi vida lo consigo cuando me mezclo entre la gente. Voy a cualquier parque y me sien-

to al lado de una madre que lleva a su hijito en el coche. Antes o después acabará contándome cosas de su familia, de su trabajo y hasta de sus angustias. Todos necesitamos hablar y, a veces, lo hacemos en los lugares y con las personas que menos habríamos llegado a imaginar. En ocasiones trabo conversación con los que sacan a pasear a sus perros. Constituyen un gremio muy particular y cuentan con una amplia red de conexiones que tejen en sus caminatas por parques y jardines. Tienen gran facilidad para comunicarse entre sí y se intercambian todo tipo de gracias y desgracias sobre sus animalitos, antecedentes familiares, raza, etc. Llegué a entablar cierta amistad con una mujer joven e inteligente que había ideado la forma de hacer llegar mensajes a su perrita, a través del móvil, mientras ella estaba en la calle, en la peluquería o en la oficina. Después de que el teléfono de su domicilio hubiera sonado tres o cuatro veces, saltaba el contestador y, en ese momento, mi nueva amiga siempre tenía preparada alguna frase cariñosa que, inmediatamente, a través de una batería de altavoces colocados de forma estratégica en distintos puntos de la vivienda, le llegaba a su mascota para que no se sintiera tan sola durante el tiempo que su marido y ella se encontraban ocupados en diferentes quehaceres fuera del hogar. Más tarde pude observar, o al menos así me lo pareció, que aquel pequeño cocker, comparado con el resto de sus compañeros de paseos, tenía un gesto especial que bien podría ser de felicidad. Por raro que pueda parecer, estas personas terminan cobrándose afecto a través de ellos... Ahora ya tengo edad suficiente para aceptar que mi vida es un mosaico confeccionado con

retales recogidos de aquí y de allá, aunque, dicho así, puede dar la impresión de que me he pasado el tiempo aprendiendo el oficio de trapera.

Todo esto, entre otras cosas, me lo dijo la tarde que nos conocimos a causa de una fuga de agua en mi fregadero que traspasó el techo de su cocina. Me lo contó de un tirón, como sin coger aire, porque cuando la señora Really tomaba el hilo de una idea era muy difícil interrumpirla.

—Yo ya no tengo prisa —dijo tratando de tranquilizarme ante mi preocupación por reparar, cuanto antes, el mal ocasionado—. Lo he descubierto hace poco y no puedes imaginarte la sensación de paz que me invade desde entonces y cómo disfruto de las cosas que antes ni advertía aunque estuvieran delante de mis narices. Todo acaba por solucionarse, aunque, a veces, no ocurra con la rapidez deseada.

En días sucesivos le hice varias visitas para comprobar que la avería estaba zanjada, y aquel gesto, que ella tomó como un rasgo de amabilidad por mi parte, fue el origen de nuestra amistad.

Al parecer, había enviudado después de cumplir los sesenta y aunque decía no recordar con exactitud cuándo sucedió, daba la impresión de que ponerle fecha a su viudez le era indiferente o quizá tan penoso que procuraba evadir el tema cuando se cruzaba en nuestras conversaciones.

A veces, desde una ventana, la observaba en su ir y venir por un parque próximo a nuestras viviendas. Parecía una mujer disciplinada y por su forma de actuar podría decirse que metódica, aunque a medida que la iba

conociendo pude descubrir cuánto le gustaba una cierta anarquía, escaparse de la rutina, transgredir algunas formalidades con toda naturalidad.

Compartimos muchas tardes en las que entre una charla y otra nos fuimos descubriendo dos mundos que por la diferencia de edad cabría suponer dispares, pero tal circunstancia nunca fue obstáculo para que, entre ambas, se fuera consolidando una amistad irrepetible a lo largo de mi existencia.

De vez en cuando nos encontrábamos en mi casa, pero hubo un momento en el que las dos aceptamos, de forma tácita, que el lugar de las reuniones sería su cocina. En ocasiones, mientras hablábamos, yo vigilaba de reojo el rincón del techo donde se produjo la avería, temerosa siempre de la posible reaparición de la mancha.

Really era una mujer aparentemente feliz y, sin embargo, a mí siempre me producía cierta tristeza dejarla sola en su casa. Por las mañanas, mientras trabajaba en la oficina, solía preguntarme qué estaría haciendo, de qué forma ocupaba todo aquel tiempo en el que yo andaba apresuradamente de un lado a otro. Después, por las tardes, tan pronto como me dejaba organizada la rutina doméstica, bajaba de dos en dos los escalones que separaban nuestras casas y, al llegar a su rellano, me invadía el olor dulzón de la hierbabuena que solía añadir al té.

Hablábamos sin parar. Yo iba intercalando datos de mi vida entre los relatos de la suya; mi boda con Ernesto cuatro años antes, después de otros tantos de convivencia no siempre bien vista por nuestras respectivas fami-

lias, lo que motivó un importante enfriamiento en la relación con mis padres. Pero sus experiencias eran mucho más excitantes que las mías, casi fantásticas. Era lógico, a fin de cuentas ella había vivido mucho más que yo y creo que lo había hecho intensamente. Además pertenecía a una generación en la que las familias eran numerosas, mientras que en la mía el nivel de natalidad había descendido considerablemente. De hecho, Ernesto y yo no teníamos hermanos y sólo después de ocho años de compartir nuestras vidas empezamos a plantearnos la posibilidad de ser padres.

Llegué a tener envidia de su existencia hasta el punto de que, sintiendo que mis vivencias quedaban realmente pobres al lado de las suyas, no tuve el menor reparo en inventar algunos sucesos que le contaba como si de verdad fueran retazos de mi vida. A veces me sentía culpable por el hecho de mentir pero enseguida pensaba que, a fin de cuentas, lo nuestro era sólo un pasatiempo y lo más probable era que ella estuviera haciendo lo mismo.

En otra de las cosas que me aventajaba era en el conocimiento del mundo. Hasta hacía poco tiempo, cuando sus huesos empezaron a «chillar» con cierta violencia, la señora Really había sido una viajera infatigable. Unas veces por asuntos de familia y otras por necesidades del trabajo o por relaciones sociales, se desplazaba con frecuencia de un continente a otro y, siendo como era una persona porosa, fue adquiriendo del contacto con otras culturas una riqueza de conocimientos poco común. Pero yo había tenido la fortuna de tropezar con semejante mujer y se me ocurrió pensar que ella, según sus

propias teorías, era mi «espacio nutriente» y no debía desaprovecharlo.

A medida que nuestra amistad crecía empecé a sentir el miedo de que la señora Really, aun cuando su salud era buena, pudiera morir en cualquier momento y todas las conversaciones de aquellas tardes se esfumarán para siempre junto a ella. Este pensamiento se iba apoderando de mí como una obsesión que me impedía, con frecuencia, estar donde realmente estaba.

—Últimamente te encuentro distraída. Soy tan habladora que a lo mejor te canso con mi conversación..., con la edad nos volvemos egoístas..., tendría que darme cuenta de que tienes otras muchas cosas en que ocuparte.

—No, no es eso. Desde hace días estoy pensando en escribir, no sé bien cómo llamarlo, una especie de diario, eso es. Imaginemos que esta cocina es un barco en el que nos desplazamos hacia nuestros recuerdos y experiencias. En los barcos se escribe un «diario de a bordo», ¿no? Me gustaría, si algún día tengo hijos, regalárselo. Suena bien y, además, al transcribir nuestras conversaciones, no tendría la sensación de estar perdiendo las tardes de parloteo.

—A mí me parece la mejor manera de emplear el tiempo, sobre todo si pienso a la velocidad que se vive por ahí fuera —dijo mirando hacia la ventana como si lo del otro lado no fuera con ella—. Recuerda, Dora, que la prisa es un mal consejero, un elemento nocivo para la salud del que cuanto antes te desprendas mejor vivirás.

Hizo un silencio que no fui capaz de interrumpir,

pues tuve la sensación de que mi propuesta la había contrariado. Poco después, su voz sonó de nuevo en la cocina.

—El que sabe escuchar siempre es capaz de recordar. Es posible que algo que creas olvidado en un determinado momento lo recuerdes al cabo de dos meses o de dos años, el tiempo que tu mente necesite para elaborar toda la información que recibe mientras se va desprendiendo de lo superfluo. El pensamiento es más rápido que la mano y también más espontáneo.

»¿Sabes de lo que puede ser capaz un individuo que escucha y observa tranquilamente? Te lo diré: puede atrapar imágenes que a la mayor parte de las personas nos pasan desapercibidas. Y ¿para qué le sirven?, te estarás preguntando. Es un gran misterio que sólo los artistas nos muestran, aunque, a veces, ni ellos mismos sean conscientes de su impagable labor. ¿De dónde, si no, crees que proceden las obras de arte? De esas imágenes que los habitan, de los residuos de dolor y de miseria, de los recuerdos más antiguos, tanto, que algunos no les pertenecen porque los recogieron de los padres o de los abuelos..., es la herencia... ¿Te has parado a pensar dónde esconden los creadores sus angustias o sus alegrías, qué extraña pirueta los lleva a transformarlas en objetos preciados que les sirven para comunicarse con otros que a su vez se ven en ellos? ¿Te imaginas qué puede haber detrás de una de las puertas de Antonio López o en el interior de las maletas de Úrculo?

—La verdad es que no —dije anonadada por aquella cascada de interrogantes—, nunca se me ha ocurrido pensarlo, a pesar de que con frecuencia me paro delan-

te de la escultura de maletas con paraguas y sombrero de la estación de Atocha.

—Pues ¿cómo? —insistió la señora Really—, ¿acaso no trabajas entre diseñadores? ¿No te intriga saber cómo se produce ese proceso que desemboca en la creación de sus imágenes?

—Cierto —respondí de inmediato—, pero me parece un mundo inaccesible, especialmente para una persona que, como yo, desempeña tareas de administración donde no hay fantasía que valga. Mi preocupación es el presupuesto, los impuestos y las facturas y, en cada caso, dos y dos siempre suman cuatro. Como mucho, puedo mirar lo que hacen pero me siento incapaz de imitarlos.

—¿Lo has intentado? —preguntó, pues nunca se daba por vencida—. Tranquila, querida, insisto en que estás habitada por la prisa, pero no te preocupes, es de las pocas cosas que se curan con la edad.

»Verás, en lugar de dar tantas vueltas a lo que sabes o dejas de saber o de preocuparte por lo que puedes olvidar, te propongo un ejercicio de memoria para nuestras tardes. De la misma manera que se recicla el vidrio o el papel, nosotras vamos a reciclar el tiempo. Nos iremos contando recuerdos que nos vuelvan a la mente, tanto si se trata de experiencias propias o de sucesos que hayamos oído relatar a otras personas. Cuanto más antiguos y más raros parezcan, mejor. Nuestro trabajo consistirá en rastrear el pasado para rescatar pequeñas historias aparentemente olvidadas o perdidas entre los repliegues del tiempo que ya se hizo viejo.

—¿Y si no recordamos ninguna?

—Nos las inventamos —cortó tajantemente para retomar de nuevo el hilo—: Tal vez te preguntes qué pasará después de haberlas recreado. Qué sé yo, el tiempo tendrá la última palabra, pero no me negarás que puede ser un juego apasionante.

—Pero ¿no sería mejor que las escribiéramos? —insistí—, yo tengo muy mala memoria.

—Tú lo que eres es terca como una mula... Escribir, escribir, como si fuera tan fácil. Mira, si yo hubiera sido capaz de inventar una frase como la del bolero que dice «Si tú me dices ven, lo dejo todo», me pondría a escribir como una loca, pero lo que propones puede quedar como un churro. Atrévete a inventar, a despertar la memoria que muchas veces duerme como un lirón, ¡juega con ella, provócala!..., luego ya veremos...

Después se levantó para prepararse una taza de belladona, infusión a la que atribuía unas propiedades casi mágicas y con la que estaba segura de alcanzar un grado especial de locuacidad. Ciertamente o no, después de haberla sorbido lentamente, comenzó el relato de la primera historia del juego que acababa de proponerme y que, por lo visto, le había sucedido a una pariente lejana ya muerta que a lo largo de su vida no salió del pueblo que la vio nacer entre las montañas del interior de Asturias.

Primera historia

La mancha anunciadora

A la niña Jacinta le creció en el pecho la mancha anunciadora. Fue en el izquierdo. Alta y un poco centrada, a la altura misma del corazón.

Al principio era redonda como un sol atenuado y amarillo. Luego le fueron saliendo puntas hasta coronarla como una gran estrella.

La niña Jacinta, que en realidad ya no lo era desde hacía tiempo, aunque así la siguieran llamando cariñosamente, no se asustó, más bien quedó fascinada por aquel tatuaje natural que le brotó la noche de un mal sueño.

La enseñaba a sus amigas con un cierto toque exhibicionista al descubrir, al tiempo, la burbuja firme de su pecho.

Todo ocurrió durante una primavera alborotada, cuando el cielo permaneció nublado durante tantas horas que el día por despuntar y la noche que le siguió se juntaron en una misma cosa. Entonces, el tenue sol de la niña Jacinta lloró por sus extremos lágrimas de colores que le fueron lloviendo por el cuerpo, hasta alcanzar la punta de sus pies en un gran arco iris.

El repiqueteo de la lluvia en los cristales me obligó a abandonar a mi vecina nada más terminar la historia de «La mancha anunciadora», pues de pronto me acordé de que tenía el tendedero lleno de ropa. Mientras la recogía y algunas gotas de agua se estrellaban sobre mis manos, tuve la sensación de estar escuchando un eco

que repetía por el hueco del patio la pequeña y extraña historia que acababa de escuchar.

Después empané unas croquetas y, con la mesa preparada para la cena, me senté a esperar a Ernesto. Fue entonces cuando me dio por pensar qué cosa era aquella que llamábamos «tiempo» sin que a pesar del esfuerzo realizado pudiera representármelo de ninguna manera. Sólo sabía que, durante el día, las horas se iban sucediendo hasta alcanzar la noche y que las semanas se engarzaban unas con otras como las cuentas de un collar hasta formar los meses y los años, pero no conseguía visualizarlo claramente. Tal vez lo que entendemos por tiempo se corresponde con una de esas imágenes de las que me había hablado la señora Really poco antes y yo no era capaz de atraparla por mi falta de atención, por esa prisa que me hacía pensar en lo que iba a realizar mañana cuando no había terminado con lo de hoy. Seguramente las ideas y con ellas las imágenes pasaban por mi mente a una velocidad de tantos fotogramas por segundo que era imposible fijar un resto en la retina.

¿Dónde estarán las risas y los gestos de cuando era niña, los rostros olvidados de los que ya murieron?, ¿en qué lugar extraño se almacenan? Todo está en el pasado, me contestaba algo en mi interior. Pero también se pasan las páginas de un libro y sin embargo siguen permaneciendo en él... Fui hacia la estantería de mi habitación y abrí uno tras otro los tomos de *Las mil y una noches* que me regaló mi padre cuando cumplí dieciocho años y vi con horror que sus páginas habían desaparecido...

—Te has quedado dormida —dijo Ernesto levantándose la cabeza de la mesa—, lo siento, hemos tenido una reunión que se ha ido alargando, ya sabes, la eterna canción... Te prometo que en cuanto superemos este ejercicio voy a replantear lo de mi horario.

Me llevó hasta la cama y seguí durmiendo y soñando con espacios de diferentes tamaños: folios, cuartillas, hojas de cuadernos grandes y pequeños, cuadriculadas o rayadas, en las que, invariablemente, aparecía escrita la palabra «tiempo».

A la mañana siguiente, el primer objeto con el que tropezaron mis ojos al salir del dormitorio fue un retrato en blanco y negro de mi madre que me sujetaba a orillas de un riachuelo. Ahí tienes el tiempo —me dije—, enmarcado y colgado en la pared. ¡Atrápalo si puedes!